

MÓNICA ROUANET

Por la autora de *Despiértame cuando acabe septiembre*

**NO OIGO
A LOS NIÑOS
JUGAR**



Tras un grave accidente de coche, Alma, una joven de 17 años, sufre un shock postraumático y es ingresada en una clínica psiquiátrica ubicada en un antiguo edificio rehabilitado.

Allí convive con otros internos y sus patologías y se cruza con unos niños a los que solo ella puede ver.

Poco a poco, la historia del edificio y sus antiguos ocupantes se enreda con la realidad de Alma y la lleva a desentrañar oscuros secretos encerrados durante años entre las paredes de la enorme casona y en su propia mente.

Índice

Prólogo

1. Habitación 324

2. Rejas en las ventanas

3. Cigarrillos

4. Locos

5. Visitas

6. Castro. Primera sesión

7. Susurros al oído

8. ¿Verdad que tú si puedes vernos?

9. Las llaves

10. Malditas pastillas

11. La cotidianeidad de la locura

12. Nadar

13. Los olvidados

14. Luna
15. Rotulador rojo
16. Sobran las palabras
17. Mamá Luisa
18. Culpa mía
19. La carta
20. Encuentro en la escalera
21. Doblemente invisibles
22. Busco una puerta
23. La mirada de Alma
24. Residencia de sordos
25. Obreros en el edificio
26. ¡Nos persiguen!
27. El reencuentro
28. Verificación
29. Plan de fuga

30. Los últimos habitantes
31. El palomar
32. Chesterfield
33. Que despierten los olvidados
34. En busca de Diego
35. Volvimos a tener madre
36. Medicación
37. A ventilar
38. Una cita con Diego
39. La ventana del palomar
40. *El guardián entre el centeno*
41. Luna y la piscina
42. Nadar con Diego
43. ¿Dónde está mi hijo?
44. Pastillas en la servilleta
45. Bernardo

46. Candela
47. Los negocios de Diego
48. Aulas
49. Gatos
50. Cigarrillos en el lavabo
51. Alarma de incendios
52. Visitas en la noche
53. El teléfono móvil
54. El niño tras la puerta
55. La abuela
56. Autorretrato
57. Encuentro tras la piscina
58. Mensajes ocultos
59. Seis niños
60. Confesión
61. Estoy harta de este frío

62. Libros abiertos

63. Esos asuntos

64. Olor a papá

65. Cabina rota

66. Palomas

67. Sorpresa

68. Como corderos al matadero

69. ¿Por qué puedes vernos?

70. La escapada

71. Cuando la ciudad duerme

72. Noche

73. La espera

74. Pelea

75. Nunca me darás miedo

76. Fotos impresas

77. Los olvidados duermen

78. Las palomas solo traen problemas

79. Diego en el palomar

80. Crisis

81. Del lado en el que no pueden vernos

82. Negarlo todo

83. No recuerdo su nombre

84. Disociación perceptiva

85. Más a la izquierda

86. No oigo a los niños jugar

Epílogo

Agradecimientos

A Facu, *in memoriam*

Una parte de él quedará siempre en Mario

Prólogo

¿Recuerdas la primera vez que la vimos? Sí, claro que te acuerdas, ¿cómo ibas a olvidarlo? Fue después de que Mamá Luisa te permitiera salir a por aquel helado de chocolate que vendía Paco, el heladero, en su camioneta. ¡Mira que diste el coñazo para que te dejara ir a comprarlo tú solo! ¡No me mires así, que sí que lo diste! Que si ya soy mayor para cruzar la calle, que si nunca pasan coches, que si tendré cuidado... ¡Bah, muy pesado, te pusiste muy pesado! ¡Y menudo susto te llevaste con aquel taxi! Estoy seguro de que te pusiste a berrear; no hacías más que lloriquear por cualquier cosa hasta que ella llegó, ¿lo recuerdas?

Estábamos los dos sentados, como cada atardecer, en el primer escalón de la entrada a la residencia. Ahí la dejó el coche, un coche negro de cristales tintados, de los carros. La tarde se había vuelto gris y caían algunas gotas, pero a nosotros no nos importa que llueva, ¿verdad? A ella tampoco parecía importarle. Se bajó despacio, como si no tuviera prisa, y esperó a que Bernardo sacara sus maletas. Nadie se apeó para despedirla, ni siquiera bajaron la ventanilla para decirle adiós o ahí te quedas antes de arrancar y desaparecer por el camino. Nada. Ella tampoco lloró, como hacen casi todos cuando llegan. ¿Verdad que no lo hizo? No, señor, no lo hizo, sino que se quedó ahí, bajo las ramas de los olmos medio pelados, apretando las manos hasta que se le blanquearon los nudillos mientras contem-

plaba el largo edificio de cinco plantas. La mayoría de los nuevos ni siquiera lo miran, siguen a Bernardo por las escaleras sin dejar de lamentarse.

La vimos cerrar los ojos mientras la saliva atravesaba su garganta; contemplamos cómo daba su primer paso en respuesta a la llamada de Bernardo desde lo alto de la escalinata. Nos fijamos en su cuerpo estilizado, tan liviano que sus pisadas solo acariciaban los adoquines. Y distinguimos las muñequeras blancas que asomaban bajo las mangas de su jersey. Los dos sabíamos bien que eran vendas que escondían los cortes de sus brazos. Ya las habíamos visto antes.

Y por un segundo, al pasar a nuestro lado, aquella chica delgada y paliducha de ojos enigmáticos nos miró.

1

Habitación 324

–¡Sube! ¡Te vas a mojar! –le gritó Bernardo con su voz ronca y entrecortada–. ¿No me oyes? ¡Señorita!

–Me llamo Alma.

–¡Sube, Alma, empieza a caer de lo lindo!

Ella obedeció a Bernardo hasta alcanzar el recibidor principal y nosotros la seguimos.

–Por ser tu primer día y porque tus maletas pesan bastante, voy a subirte en ascensor, pero acostúmbrate a hacerlo por las escaleras. Tu habitación es la 324, tercera planta, ala derecha.

Bernardo sacó el llavero de su bolsillo derecho y lo agitó como un sonajero hasta encontrar la llave más pequeña. La introdujo en una pequeña cerradura incrustada en la pared y el ascensor acudió a la primera planta. La cabina tampoco tenía botones de llamada, sino esas bocallaves que los hacían inutilizables para nosotros. Las puertas se cerraron y los perdimos de vista.

Tú y yo subimos la escalera principal a todo correr, no queríamos perdernos nada. La 324 fue antes la habitación de Verónica, ¿no? Y la de Beatriz, y la de Marta. Ninguna de ellas nos miró nunca como lo acababa de hacer Alma, por eso a ellas no las seguimos. Ni siquiera me acuerdo de si subieron andando o en ascensor.

Llegamos casi a la vez que ellos.

Salieron de la cabina al pasillo del ala derecha con nosotros dos escoltándolos en silencio hasta la 324. Bernardo abrió la puerta; la luz de la ventana le dio de lleno en la cara, parpadeó molesto y metió las maletas de Alma en la habitación. Las dejó entre la cama y el armario, junto a la mesa.

–Los mayores ocupáis la tercera planta; en el ala derecha se encuentran las habitaciones de las chicas, en la izquierda las de los chicos. Son todas individuales y con baño. Junto a la cama tienes el botón de alarma; ya sabes, por si te sientes mal. El comedor, las salas de terapia y las salas comunes están en la primera planta, la de entrada. La cena se sirve a las ocho, aún tienes media hora para acomodarte –dijo, y se dio la vuelta para salir.

–Gracias –contestó Alma.

Bernardo no respondió. Lo hace a veces, si le das la espalda. Bernardo oye con los ojos, como todos los que estuvimos aquí cuando esto era una residencia de niños sordos. Lo fue durante cincuenta años, pero se fue quedando vacía y la cerraron. Tiempo después la reabrieron con el nombre que se lee en su fachada:

CITMA

Centro de Internamiento Terapéutico de Menores Adolescentes

Es mejor cuando Mari recibe a los nuevos, ella es más cariñosa y habla más, pero ese día no estaba. Libra los domingos, es raro que alguien ingrese en domingo. Antes era distinto, antes éramos muchos más. El edificio estaba abierto a todas horas y abarrotado de gente, y los nuevos podían llegar en cualquier momento, incluso los días de fiesta, que siempre estaba Mamá Luisa para acogerlos.

Las gotas golpeaban fuerte la ventana. Alma se acercó a ella y su rostro se reflejó en el cristal permitiéndonos ver

sus ojos; parecían albergar la lluvia que caía fuera. Se quedó quieta, acariciándose las muñecas, mirando sin ver, hasta que el sonido hueco de los insoportables tacones de Luna por el pasillo la obligó a girarse hacia la puerta que había dejado abierta, justo donde nos habíamos acoplado nosotros.

¡Menudo respingo diste! Recuerdo que corrimos unos metros para ocultarnos, como dos tontos, detrás de una de las plantas gigantes que había en los pasillos. No sé por qué lo hicimos, los mayores nunca ven a los pequeños. Pero ella sí nos veía, o eso nos había parecido.

Luna pasó a nuestro lado sin percibir nuestra presencia. Andaba como siempre, pisando fuerte para hacerse notar, marcando el territorio. Se detuvo delante de la 324 justo cuando Alma llegó al umbral: medio cuerpo dentro, medio cuerpo fuera. Desde nuestro escondite, veíamos su perfil perfecto.

—Eres la nueva, ¿no? Soy Luna, la más antigua de esta planta. Creo que, en realidad, soy la más antigua de todo el manicomio —dijo, y soltó una de sus estridentes risotadas—. ¡Bienvenida! ¿Cómo te llamas?

—Alma.

—Bonito nombre —dijo, clavando sus ojos en las vendas que le cubrían las muñecas a la nueva—. La próxima vez, corta en vertical. Así no fallarás. ¿O eres de las que prefieren seguir fallando?

Alma bajó la vista mientras escondía los brazos a su espalda y tuvo que sujetarte para que no salieras de nuestro escondrijo tras las enormes hojas de la monstrera y le dieras una patada a la tonta de Luna. Nunca te cayó bien, a pesar de que, a ratos, era muy divertida.

—No me hagas caso —añadió con más risitas—. Yo soy de esas.

Alma no contestó.

—¿Cuánto te queda para los dieciocho? —preguntó Luna.

–El mes pasado cumplí diecisiete.

–Perfecto, eres mayor, nos llevaremos bien. No me gustan los pequeños, están demasiado locos. Menos mal que aquí, pequeños, en plan... pequeños del todo, no hay, aunque los de abajo son un coñazo. ¡Parece que tienen cinco años!

Entonces fuiste tú quien me detuvo. Lo que peor llevaba de Luna era ese desprecio hacia los internos del primer piso, que tenían más o menos mi edad. Tú todavía no llegabas a la requerida para ingresar en la nueva residencia. Creo que Luna los odiaba porque no conseguía dominarlos, porque la miraban sin interés, porque ninguno quería imitarla. Y ella necesitaba ser el centro. Todo lo contrario a Alma. Ya intuíamos que ella era diferente a todos. ¿Recuerdas sus ojos? Tan oscuros, tan pequeños... Se le achinaban al sonreír, aunque lo hiciera tan pocas veces. Y su nariz, ligeramente torcida hacia la izquierda. Sí, ya lo sé, tenía las orejas pequeñas y un poco de soplillo, pero no me negarás que, en conjunto, era preciosa. Emanaba algo que hacía que todos estuviéramos pendientes de ella. Y ella se sentía incómoda y se escabullía a la más mínima oportunidad.

–La mayoría de los residentes vuelven a sus casas los fines de semana y quedamos pocos en el manicomio; rollo los que peor estamos, ya sabes, nadie quiere aguantarnos –dijo Luna, soltando otra risotada–. Eso significa que hay menos cuidadores, solo los que están de guardia, y los domingos, a estas horas, es difícil verlos por los pasillos de la tercera planta. ¡Ah! Y no hagas caso de esa cámara –añadió, señalando a una situada sobre el dintel de la puerta del pasillo–, es disuasoria. Ya te diré a cuáles debes prestarles atención.

–¿Disuasoria?

–Sí, está ahí para intimidarnos –aseguró y, tras girarse completamente hacia la cámara, le sacó el dedo corazón de su mano derecha.